

— ¡Adiós, Carluccio! — le decían al pasar oficiales y soldados. — ¡Adiós al hijo del regimiento! — ¡Dios te proteja, pequeño! — ¡Acuérdate de nosotros! — ¡Hasta que volvamos á vernos! — ¡Adiós! ¡Adiós!

El pobre muchacho, sin fuerzas ya para hablar, ante aquellas generales manifestaciones de aprecio, continuó durante un buen rato saludando con la mano á los oficiales, á los soldados, á la bandera: después desapareció repentinamente, cubriéndose el rostro con ambas manos.

De entonces acá no le hemos vuelto á ver; pero el regimiento conservó durante mucho tiempo el recuerdo de su hijo de adopción, y no hubo un soldado que dejara de llevar de una guarnición á otra el desinteresado afecto que aquel chiquillo despertara en sus corazones, de la misma manera que habían llevado de una á otra marcha en las bocas de los fusiles las flores olorosas arrancadas de los jardines de Padua.

EL RECLUTA

DOMINGO: las cinco de la tarde, y un tiempo magnífico. El cuartel casi vacío. La mayor parte de los soldados se había ido de paseo por la ciudad y sus afueras, y los pocos que en él quedaban, unos en los dormitorios acabando de vestirse y otros en el patio esperando á sus compañeros para salir juntos, interrumpían el silencio que reinaba, diciendo los del patio: — ¡Despacha, hombre! — y los de los dormitorios: — ¡Espera un momento! — en tanto que sudaban y forcejeaban para abrocharse el cinturón, cuya hebilla habían corrido, á fin de tener la cintura muy delgada.

Hasta los reclutas, que hacía sólo dos días habían llegado al regimiento, habían salido también en pelotones de seis, de ocho y de diez, tiesos, envarados, con la gorra en el cogote, el capote hecho un fardo y las manos desmesuradamente abiertas y enfundadas en sendos guantazos blancos tamaños como manopla de esgrima. Los soldados de guardia, que permanecían sentados junto á la puerta del cuartel, acribillábanlos al paso á bromas y cuchufletas, á pesar de las observaciones del sargento que de cuando en cuando les decía: — ¡Ea! dejarlos en paz: pobres muchachos. — El oficial de guardia, tendido á la larga en un sofá en el cuarto de banderas, mataba el tiempo leyendo un diario.

En el rincón más escondido del patio veíase á un recluta completamente solo, que sentado junto al dintel de una puerta, con los codos apoyados en las rodillas y la barba puesta entre las manos, seguía con la mirada á todos y cada uno de sus compañeros, ó permanecía con los ojos clavados en el suelo cuando no pasaba ninguno de ellos. Su aspecto era el de uno de aquellos muchachos, hijos excelentes, que á pesar de separarse con honda pena de la familia y del lugar de su nacimiento, marchan á las filas y cumplen con su deber llenos de resignación y de buena voluntad, teniendo en cuenta, además, que la ley así lo dispone, y que en la lista impresa y fijada en la puerta de la casa comunal, que no deja lugar á dudas, estaban escritos con todas sus letras su nombre y sus apellidos paterno y materno, y que lo mismo hicieron sus mayores, y otro tanto sus amigos y compañeros, y por fin y remate de cuentas, porque es el rey en persona quien los llama, y á esto nada hay que replicar ni está permitido hacer la menor objeción.

Sea como quiera, en su semblante, además de aquella expresión de preocupación y sorpresa, que es el rasgo característico de los reclutas durante los primeros días de la vida de cuartel, veíase pintada la más profunda melancolía. ¿Arrepentíase de no haber hecho lo que los otros que se fueron de paseo? ¡Es tan triste quedarse en casa en día de fiesta, cuando brilla el sol en todo su esplendor!...

Al cabo de poco tiempo el cuartel quedó desierto, reinando en él el silencio más perfecto.

Un cabo, que en traje de cuadra atravesaba apresuradamente el patio, advirtió la presencia del recluta, paróse delante de él y le preguntó de pronto:

—¿Qué estás haciendo aquí, solo y mano sobre mano?

—...¿Yo?— preguntó el recluta.

—¿Yo?— repitió el cabo remedando la voz del recluta y poniendo cara de tonto.—¿Quién, pues? ¿Estoy hablando con

la luna? Sí, hombre, sí. Y te advierto, ahora para en adelante, que te pongas en pie, cuando tus superiores te dirijan la palabra.

El recluta se incorporó.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Á qué compañía perteneces?

—...¿Compañía?

—¿Compañía?— repitió á su vez el cabo en tono de fisga.

—¡Pues no eres mal pedazo de bruto que digamos!

Y acercándose á él, cogióle por el faldón del capote, y dándole un tirón que le hizo bambolear:

—Mira,— le dijo,— mira cómo te has ensuciado el capote con haberte sentado en el suelo lo mismo que un ganapán.

El recluta sacudió con la mano el polvo que manchaba su uniforme.

—¡Pues no digo nada de los zapatos!

Y así diciendo, golpeóle con el suyo la punta de los pies.

El soldado sacó el pañuelo de la faltriquera y se inclinó para sacudirse el polvo del calzado.

—Arréglate el corbatín, que se te sube hasta las orejas.

Y cogiéndole por él, dióle un tirón tal, que estuvo en un tris como no le derribó.

El recluta procuró arreglarse dicha prenda.

—Enderízate la gorra.

Y el muchacho lo hizo.

—Y súbete un poco los calzones si no quieres tenerlos rozados en una semana, y pon hacia arriba los botones del capote, y quítate esas anillas de las orejas que son una ridiculez, y no te estés con la barba sobre el pecho que pareces un fraile, y no mires á las gentes con ese hocico de estúpido...

El pobre muchacho, temblándole las manos, tocábase, ora el corbatín, ora el pantalón, ora los botones del capote, ora

la gorra, y no daba pie con bola, y cuanto más se afanaba, menos conseguía su propósito.

En aquella sazón acertó á pasar la cantinera, que era una real moza, joven y resuelta, la cual se detuvo junto al cabo. ¡Ofrecerse con aspecto ridículo á los ojos de una mujer guapa! ¡Es la peor de las desgracias! El pobre recluta perdió completamente la cabeza: hurgó todavía con los dedos en derredor del corbatín, de los botones y de la gorra, y luego, sin darse cuenta de ello, sintió que los brazos se le derribaban á lo largo del cuerpo, y que la barba se le caía encima del pecho, y que sus miradas se fijaban en la punta de sus pies, y de esta manera, anonadado, inmóvil como una estatua, permaneció buena pieza.

La cantinera sonrió y se fué. El cabo, contemplándole y moviendo la cabeza con ademán de depresiva compasión, siguió diciendo:

— ¡Gamo, pedazo de avestruz!

Y después alzando la voz:

— Conviene despabilarse, mocito, y pronto, si no te despabilaremos nosotros. Mira que tenemos un remedio eficaz al cual nada resiste: ¿sabes? Arrestado, á pan y agua; y con pan y agua y arresto alternado, lo preciso para no morir de hambre, se vuelven listos los más torpes. Conque, ya lo sabes. Y ahora te largas como el viento á tu dormitorio, para limpiarte la ropa. *Media vuelta, ¡marchen!*

Y acentuó la orden levantando el brazo y señalando la ventana del dormitorio.

— Pero si yo...

— ¡Silencio!

— Yo no...

— ¡Silencio, digo, cuando hablan los superiores! Si no á la prevención. Allí está, ¿la ves?

Y se alejó murmurando:

— ¡Vaya unas gentes! ¡Pobre ejército! ¡Pobre Italia!



En sala militar.

... y de esta manera, anonadado, inmóvil como una estatua, permaneció buena pieza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

la gorra, y no daba pie con bola, y cuanto más se afanaba, menos conseguía su propósito.

En aquella sazón acertó á pasar la cantinera, que era una real moza, joven y resuelta, la cual se detuvo junto al cabo. ¡Ofrecerse con aspecto ridículo á los ojos de una mujer guapa! ¡Es la peor de las desgracias! El pobre recluta perdió completamente la cabeza: hurgó todavía con los dedos en derredor del corbatín, de los botones y de la gorra, y luego, sin darse cuenta de ello, sintió que los brazos se le derribaban á lo largo del cuerpo, y que la barba se le caía encima del pecho, y que sus miradas se fijaban en la punta de sus pies, y de esta manera, anonadado, inmóvil como una estatua, permaneció buena pieza.

La cantinera sonrió y se fué. El cabo, contemplándole y moviendo la cabeza con ademán de depresiva compasión, siguió diciendo:

— ¡Gamo, pedazo de avestruz!

Y después alzando la voz:

— Conviene despabilarse, mocito, y pronto, si no te despabilaremos nosotros. Mira que tenemos un remedio eficaz al cual nada resiste: ¿sabes? Arrestado, á pan y agua; y con pan y agua y arresto alternado, lo preciso para no morir de hambre, se vuelven listos los más torpes. Conque, ya lo sabes. Y ahora te largas como el viento á tu dormitorio, para limpiar la ropa. *Media vuelta, ¡marchen!*

Y acentuó la orden levantando el brazo y señalando la ventana del dormitorio.

— Pero si yo...

— ¡Silencio!

— Yo no...

— ¡Silencio, digo, cuando hablan los superiores! Si no á

la privación. Allí está, ¿la ves?
Y oírlo murmurando:

¡Vaya unas gentes! ¡Pobre ejército! ¡Pobre Italia!



La vida militar.

... y de esta manera, anonadado, inmóvil como una estatua, permaneció buena pieza